

NÚMERO 16 /SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2023

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

DIRECTOR

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
 Angelina Rivas Avila
 Mónica Teresa Müller
 Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias
 Ana Lourdes Ross Aguilar
 Marilú Ricalde
 Antonio Trejo Galicia
 Alejandro Martínez
 Felipe Núñez
 Yuleisy Cruz Lezcano
 Alejandro González Espinoza
 Ari Guzmán
 Devet Seminar

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Alejandro Martínez

Derechos reservados.
 taches y tachones

**Editorial**

Los alienígenas, una rectificación.

Por fin las autoridades estadounidenses rectificaron su posición a ultranza y gracias a la desclasificación de sus archivos reconocen las altas posibilidades de que exista vida más allá de la tierra. Una declaración que nos hace pensar en las injusticias cometidas durante siglos, contra las personas que se atrevieron a comentar sus experiencias en esta materia. Pensemos en esos pilotos y oficiales de las fuerzas armadas escarnecidos y hasta castigados por su atrevimiento, a los que se suma el desprestigio y la burla sufrida durante siglos por los civiles que accidentalmente o porque se pusieron a estudiar el fenómeno, presenciaron hechos que parecieron prodigiosos. Les debemos una disculpa a todos ellos. Buen momento para retomar los textos, algunos muy viejos, sobre este tema, donde no puede faltar Viaje alrededor de la luna, de Julio Verne; La guerra de los mundos, de H. George Wells; Una princesa de Marte, de Edgar Rice Burroughs; Crónicas marcianas, de Ray Bradbury; 2001, Odisea en el espacio, de Arthur C Clarke; El planeta de los dinosaurios, de Anne Mc Caffrey; en fin, la lista es interminable, lamentamos no poder mencionar -por falta de espacio- a muchas otras obras. Los invitamos, pues, a sumergirse en ese mundo donde la fantasía ha sido finalmente alcanzada por la implacable realidad.

TABLA DE**CONTENIDO**

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	La purificación/ Felipe Núñez
02	Madrigal despechado de la pradera / Felipe Núñez
03	La muerte de Poe / Yuleisy Cruz Lezcano
04	Reunión de los vivos / Yuleisy Cruz Lezcano
05	Estas flores son cadenas y yo habito en las cadenas / Alejandro González Espinoza
06	El suplicio de la realidad y el suplicio del sueño / Alejandro González Espinoza
07	Un cuento para papá / Ari Guzmán
09	La tempestad sin Shakespeare / Devet Seminar
11	San Andres de los altos / Alejandro Ordóñez
15	Mirame a los ojos cariño, para que sepas cuánto te quiero / Alejandro Ordóñez
20	No soy Gay Talese / Antonio Trejo Galicia
22	Todo por bocones / Patricia Castillejos Peral
	Hablemos de Libros (reseñas)
24	Extrañas / Marilu Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
26	Detrás de un lente / Italo Ruas
	El mundo y el arte
30	"La libertad guiando al pueblo"/ Ana Lourdes Ross Aguilar
33.	Entrevista a María Cristina Gaviria



LA PURIFICACIÓN

por Felipe Núñez

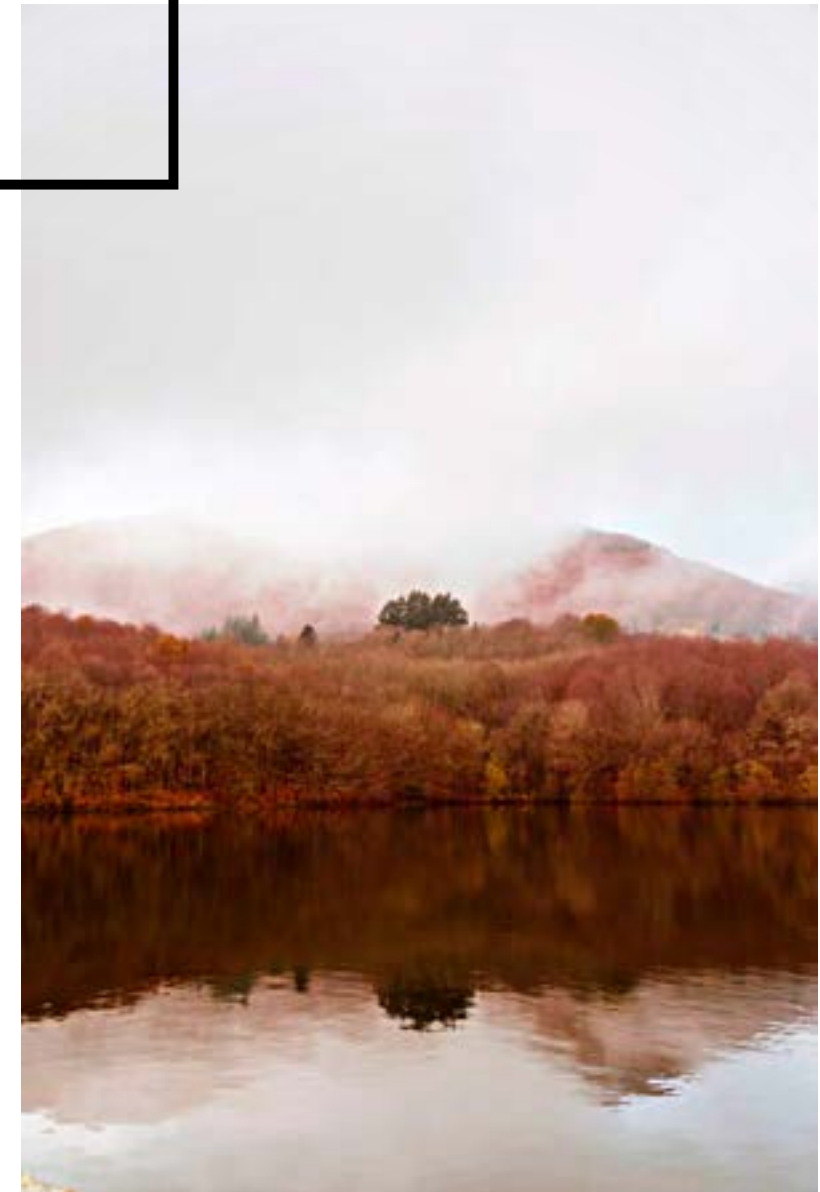
Esos caminos donde aún se observan
abundantes nopaleras,
madres de nopales orgullosos,
empenachados de rojo y vestidos de
oro al atardecer.

Felipe Núñez estudió en la Universidad Autónoma Chapingo. Trabaja temas de medio ambiente, sistemas sociales y desarrollo rural. Siempre ha sido un indio remiso, ama "Les Fleurs du Mal" de Baudelaire e "Illuminations" de Rimbaud. Regresa una y otra vez a la poesía de Villaurrutia y de Gorostiza. Nunca deja de pensar en la narrativa de José Emilio Pacheco, José Agustín y Parménides García Saldaña, y tampoco termina de "alucinarse" con la poética resistente, hambrienta y a contra-corriente, de los Rupestres. Ama las máximas infrarrealistas de Mario Santiago Papasquiaro, además del curado de nuez.

MADRIGAL DESPECHADO DESDE LA LADERA


por Felipe Núñez

Mañana ya no serás soledad,
sino sólo vacío.
Y recuerda,
(si acaso lo permite el olvido)
el vacío es ese lago infinitamente seco
que tiene como único pez al silencio.



LA MUERTE DE POE

por Yuleisy Cruz Lezcano




Estoy cantando a mis huesos,
olvidado de todos, no de la tumba
y levanto ahora con mis versos
la niebla en el pecho que derrumba
el mármol que no encuentra su cotejo,
mi mirada acusadora en el espejo,
la resina de una raíz que despierta
mi espíritu que cruza la puerta
entre los vivos y los difuntos.
Muertos y vivos, todos juntos,
horizonte entre el visible y el invisible
y por el aire una mano imperceptible
me estrangula en esta niebla ignota.
No reconocerla es mi derrota,
toco los nudos del espacio,
me mata, me está matando, despacio.

Yuleisy Cruz Lezcano nació en Cuba, pero actualmente reside en Italia. Consiguió la laurea en biología y licenciatura en enfermería y obstetricia en Italia. Ha publicado 16 libros de poesía y uno de narrativa. Su más reciente libro publicado de relatos breves y poesía es "L'infanzia dell'erba", diciembre 2021.

REUNIÓN DE LOS VIVOS

por Yuleisy Cruz Lezcano



Un día, en esta hora exacta de mi sangre,
me encuentro como un extraño adentro,
me veo venir como si se acercara otro,
camino sobre mi sombra que alcanza
mi blancura veloz, mi muerte sin voz,
mis huesos tejidos por una célula pequeña,
me encuentro en la tumba que sueña
Junto con esta grávida mosca que pinta
la propagación de la vida y la tinta
de los huesos sensitivos
que ven venir los muertos
a la reunión inquieta de los vivos



**ESTAS FLORES SON
CADENAS
Y YO HABITO EN LAS
CADENAS**

por Alejandro González Espinoza

Un jardín parecido a una cárcel
envuelve mi casa
parecida a una cárcel

Camino por pasillos blancos
que reflejan la luz de las flores
que hacen llagas en mis muñecas
en mis tobillos
en la raíz de mis genitales

Grito sin detenerme a pensar
la consecuencia de los pétalos de hierro
del néctar que sabe a semen

**EL SUPPLICIO DE LA
REALIDAD Y EL
SUPPLICIO DEL SUEÑO**

por Alejandro González Espinoza

Me amarran los párpados
demonios que olfatean mi sangre
como si fuera su propia sangre

punzan mis tetillas con agujas oxidadas
y ríen en mitad de mi cama
en medio de la luna durmiente

Arrancan mis uñas
buscando al Espíritu Santo
ángeles de luz verde y mirada roja

queman la raíz de mis oídos
buscando tesoros perdidos
en mitad del sol amarillo

No suena el despertador
porque hace tiempo
quité su alarma

Alejandro González Espinoza. Reside en Yungay, Región de Ñuble, Chile. Es licenciado en educación. Ha publicado los poemarios: "Hijos", 2018; "De amor y de muerte y viceversos" (Editorial Bukowski, Chile), 2019; Copulo ergo sum Amatoria, Editorial la Equilibrista. España, 2022 y "Poesía trastornada", Ed. Internacional MedinaLiber, 2022.

Ha tenido Mención Honrosa en concurso antológico de poesía latinoamericana "Unidos por la palabra", organizada por el Centro Cultural Jujuy, Buenos Aires, 2021. Finalista en el "Primer Festival Internacional de Poesía Cuatro Conjuros", convocado por La Casa del Árbol y LibréLula Editores. México. Colaborador en diversas revistas y medios especializados de Lationamérica.



UN CUENTO PARA PAPÁ

Por Ari Guzmán

Nunca como hoy la realidad me había confundido tanto. No quiero decir que la veracidad sea una suerte de casualidad, sólo me resulta incomprensible. Me han puesto una trampa, soy inocente y no me muerdo la lengua al decirlo: i-no-cen-te. Desconozco el crimen que me achacan. Sí, hablaré. ¡He dicho que hablaré, comandante!

Las situaciones que me trajeron aquí son simples:

Estaba en casa, escribía en mi computadora algo que comenzaba más o menos así: Alicia caminaba distraída por la calle Segismundo, de pronto, escuchó gemidos de placer que salían de un auto que ligeramente se mecía, se asomó y, tímida, vio tras el cristal empañado a una pareja haciendo el amor. Qué envidia, pensó Alicia. Continuó su camino más rápido porque comenzaban a caer las primeras gotas de lo que después fue un chubasco. Llegó agitada a casa, abrió la puerta, se quitó la ropa mojada y, desnuda, caminó hacia la cama y se metió entre las cobijas. Durmió con un dolor que le apretaba la cabeza. La escena de la pareja del auto entró a sus sueños y se repitió hasta convertirse en una pesadilla, entonces sintió cómo emergía dentro de ella un sentimiento dolorosamente olvidado: matar al maldito que la había violado. La imagen de él, muerto, estaba viva en sus ojos cuando despertó... Entonces sentí comecón aquí en medio de los senos, dejé de teclear y comencé la persecución hasta que el zancudo se distrajo sobre el cuadro de La Maja desnuda y de un sólo golpe, lo maté. Excitada por la batalla, tomé la toalla y entré al baño donde el agua fría me perforó la piel.

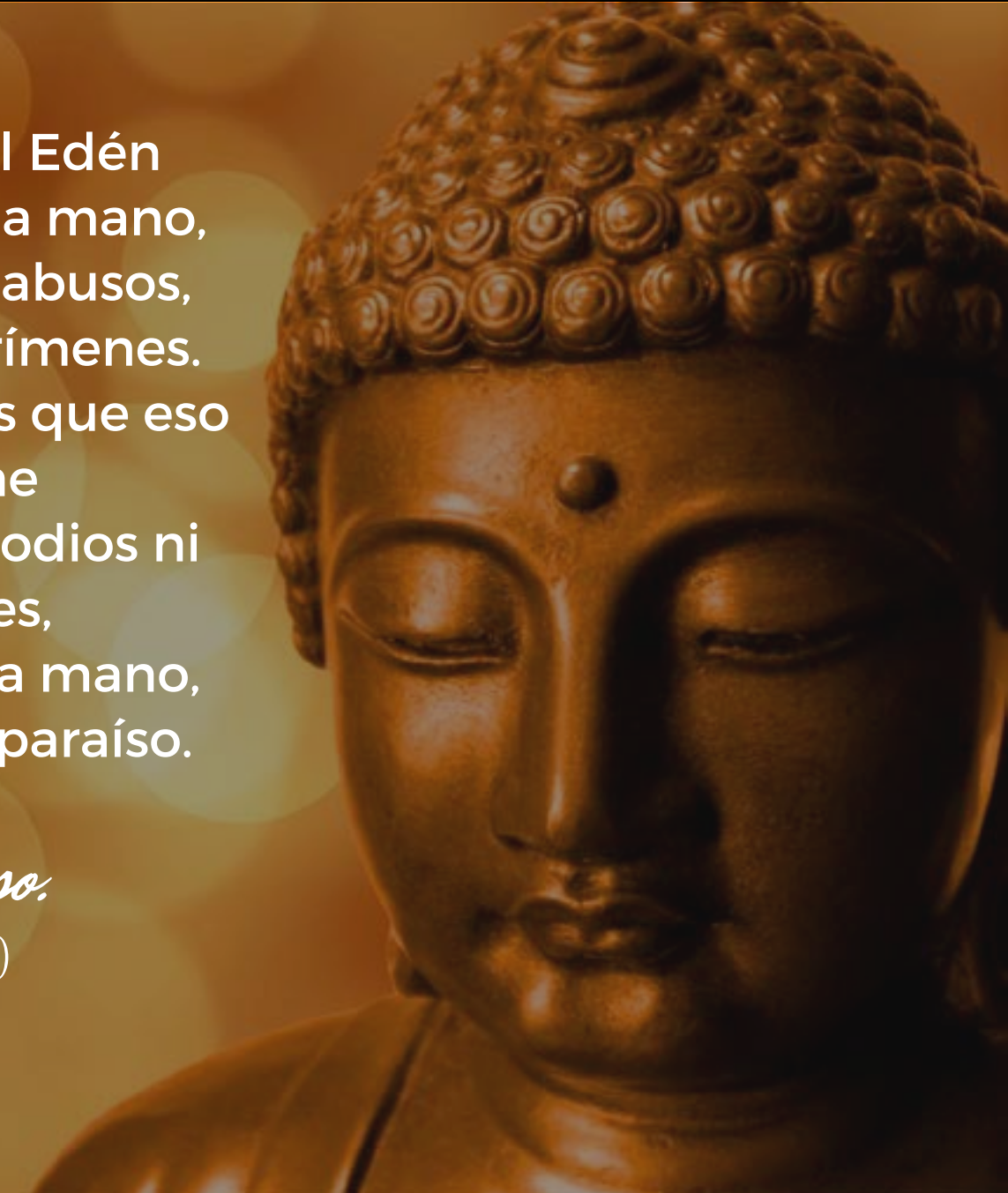
Mi maestro del taller de escritura creativa decía que en la historia nada es gratuito, todo lleva una trágica secuencia, así que salí del baño y, enredada en la toalla, continué mi narración: Alicia llamó a su padre fingiéndose enferma. Él llegó y cuando lo abrazó para saludarlo, el asco, el dolor y el odio guiaron el tenedor hacia la yugular del hombre. Alicia lo enterró y sacó con violencia, sintiendo el placer de la venganza. La sangre, cansada de sonreír por la herida del muerto, coaguló. Todo estaba consumado. Alicia por fin podría dormir en paz después de veinte años... Mi tecleo se vio nuevamente interrumpido por otro zumbido, lo miré volar sin moverme, sabía que tenía una sola oportunidad cuando se detuviera... y lo hizo sobre el teclado, levanté la mano y ¡zas! Silencio, no más interrupciones...

Apagué la computadora y fui a dormir. Descansaba profundamente hasta que unos toquidos amenazaban con tirar la puerta. Me levanté enredada en la sábana, miré el reloj: las nueve de la mañana. Abrí la puerta y sus hombros me arrestaron... ¿No entienden? ¡sospechosa del asesinato de mi padre! Sólo maté a dos moscos e intenté escribir un cuento para el concurso universitario, eso es todo. ¿Culpable?, pero... No entiendo... No me explico cómo es que ese tenedor tenido de sangre seca llegó a mi casa... Sí, esa es mi chamarra... No sé por qué está llena de sangre... Les juro por mi madre... ¡sólo escribía!... Lo juro, por Dios... ¡SÓLO ESCRIBÍA!

Ari Guzmán

Escritor. Asesor literario. Doctor en Humanidades (teoría literaria). Docente en la UNAM y en la Universidad Anáhuac. Músico aficionado.

Fue dicho



Salieron del Edén
tomados de la mano,
Ellas a sufrir abusos,
violencia y crímenes.
Hoy queremos que eso
termine
para que sin odios ni
rencores,
tomados de la mano,
volvamos al paraíso.

Confuso.
(46-2x)

LA TEMPESTAD, SIN SHAKESPEARE

por Devet Seminar

De pronto, el océano adquirió un aspecto aterrador, mientras el oscuro crepúsculo invernal parecía devorar el horizonte y el viento del Este se desplegaba por el cielo cubriéndolo con el obvio propósito de sofocarlo. Sin embargo, poco a poco, a medida que las olas iban avanzando sobre la playa, el talante de los elementos fue adquiriendo una apariencia más dócil; algunos flujos de aire y las ráfagas tardías y demoradas del viento permanecieron haciéndonos creer que lo peor todavía estaba por llegar. Pero al cabo de algunos minutos las aguas detuvieron su progreso, la superficie del mar se aplanó por completo y estos cambios eliminaron la sospecha de una catástrofe inmediata, aunque la angustia generada por el caos previo demoró algún tiempo en desvanecerse.

—¿Asustadas? —Heidi, Aliset y Estiria me miraron extrañadas.

—Hubiera jurado que el que estaba preocupado por el resultado final de la tormenta era el valeroso meteorólogo que nos acompaña. —Las tres se rieron como si Aliset hubiera expresado un pensamiento profundo o por lo menos agudo.

—¿Les di esa impresión? —pregunté, tratando de imprimirle un sesgo irónico a mis palabras—. En ese caso me disculpo. ¿Tuviste esa misma impresión, Ignaz?

El tímido escritor, a quién nadie podría vincular con las

historias truculentas que pergeñaba con febril entusiasmo, se encogió de hombros. Casi con seguridad intentaría utilizar lo ocurrido en alguna de sus futuras narraciones. Lo fantástico tenía para él mucha más consistencia que lo real.

Continuamos vigilando el mar y el ritmo de las nubes. Todo estaba tranquilo cuando divisamos la costa.

—¡Hemos llegado! —precisó el capitán del yate cuando nos aproximamos a las arenas brillantes que nos recibían cálidas y serenas. Su indicación para desembarcar ahí fue rotunda.

—Parece como si hubiera estado todo planeado —dijo Heidi ayudando a sus hermanas a bajar por la escalinata recién colocada.

Logramos anclar el bote en un buen sitio para hacer tierra antes de que cayera la noche. El capitán del “Ariel” había dispuesto todo para nuestro descenso. El moderno yate contaba con una plataforma plegable que hacía las veces de cómodo muelle para los pasajeros. A lo lejos, las nubes todavía pintaban de gris oscuro el cielo, pero el color azul y el luminoso sol imperaban en la playa.

—Vengan, bellas amigas —les dije confiado—. Busquemos un claro para poder descansar un poco antes de avanzar tierra adentro al encuentro de nuestros anfitriones.

El último en bajar fue Ignaz, con su parsimonia singular. Yo ya estaba acostumbrado a ella y no sentí

la necesidad de apresurarlo. Aquel paraíso era justo como se veía en las fotos de los brochures, pero el destello singular de la arena, cuyo color era más dorado del que esperábamos, nos hizo fantasear un poco de más. Habíamos llegado a la tierra del oro mítico y los seres maravillosos que lo custodiaban, los muquis, quienes seguramente estarían custodiando cada grano de la playa y cada gota de la famosa laguna áurea.

Después de un breve pero reparador descanso, iniciamos nuestro viaje atravesando la selva. Ignaz y las chicas iban detrás de mí maravillados con el colorido del trópico. Calculé que una hora sería más que suficiente para realizar el recorrido hasta nuestro destino. Sin embargo, después de dos horas y media no encontraba señales de civilización. A pesar de haber hecho aquel camino varias veces, en este momento el paisaje se mostraba extraño ante mí. Los referentes que tenía para guiarme habían desaparecido y temía estar perdido.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Heidi mientras luchaba con una nube de mosquitos que la hostigaba.

—Estamos perdidos —dijo Ignaz en voz baja.

Iba a darle la razón pero el sonido de un trueno cortó el cielo y nos hizo saltar el corazón. Otra tormenta venía en camino pero esta vez no teníamos al “Ariel” para refugiarnos. Ignaz y yo pensábamos qué hacer cuando el grito de Aliset nos interrumpió.

—¡Miren ahí! —dijo señalando la figura menuda de un hombre semidesnudo que nos hacía señas para que lo siguiéramos. Lo precario de nuestra situación hizo que tomar la decisión de ir tras aquel desconocido fuera casi inevitable.

Caminamos unos quince minutos por la selva hasta llegar a la aldea de los muquis. Allí nos alcanzó la tormenta, pero por fortuna pudimos ponernos a resguardo mientras ellos danzaban bajo la lluvia, cumpliendo con algún tipo de ritual. Sólo restaba ganarnos la confianza de aquellos seres primitivos y esperar que nos guiaran hasta la legendaria laguna.

Los muquis eran seres curiosos con cuerpos pequeños, caminaban como patos debido al gran tamaño de sus pies. Uno me sorprendió preguntándome qué queríamos. Por lo menos eso entendí. Le expliqué que deseábamos visitar la famosa laguna áurea que custodiaban desde

hacia siglos. El muqui asintió y luego desapareció tan rápido que creímos haberlo soñado. Las chicas armaron sus bolsas de dormir molestas con los insectos mientras Ignaz y yo hacíamos lo mismo. El viaje había sido agotador.

Al día siguiente Heidi y Estiria tenían muy mal aspecto, pero insistieron en continuar. Llegamos a contemplar la mítica belleza de la laguna, pero nunca estuvimos solos. Esa noche, las hermanas deliraban de fiebre.

—Debemos volver —dije preocupado.

Recogíamos nuestras cosas cuando oímos un grito desgarrador. Aliset contemplaba con horror los cuerpos sin vida de sus hermanas. Demoramos la partida para enterrarlas y regresamos despacio, atentos al delicado estado de Aliset. Pronto divisamos el “Ariel”, pero el capitán había desaparecido. La tragedia apremiaba por lo que decidí valerme de mis escasos conocimientos de navegación para regresar. Esta vez ninguna tormenta alteró el viaje, pero Aliset murió a poco de partir.

Inmersos en un silencio angustiante hicimos puerto donde habíamos partido. Todo se veía diferente. Un grupo de uniformados se acercó.

—¿Usted es el capitán del “Ariel”?

—No, el capitán desapareció, y las tres estudiantes que nos acompañaban fallecieron. Solo quedamos nosotros.

—Entonces, ¿usted es el meteorólogo que partió hacia la mítica tierra de los muquis?

—Sí —contesté sorprendido.

—Bienvenido, hace treinta años que lo estamos esperando.

Devet Seminar

Nació en Breza, Bosnia y Herzegovina, el 6 de abril de 1992. Sus padres viajaron a América para huir de los horrores de la guerra cuando era un bebé de menos de un año y se establecieron en un pequeño pueblo cercano a Medellín, Colombia. Escribe desde que era adolescente, siempre en castellano.



SAN ANDRÉS DE LOS ALTOS

Por Alejandro Ordóñez

Nací en San Andrés de los Altos, un caserío enclavado en las montañas, donde los hombres trabajan de mineros, las mujeres en las milpas y los niños -desde pequeños-, llevando a pastar a los rebaños de borregos y de chivos. Éramos tan pobres que estaba castigadísimo perder a un animal, a quien le ocurría no le quedaban ganas de que eso se repitiese. Mi madre murió pronto, tendría yo unos ocho años, mi padre no tardó en llevar a otra mujer a la casa, y como ella estaba llena de hijos, el infierno empezó pronto. Mi padre no era malo, pero ella era la que mandaba y él no se atrevía a contradecirla, por eso nunca tuve defensa. Empecé de pastora a los diez, me iba siguiendo el camino que abandonaba pronto para internarme por tenues veredas, casi invisibles para el ojo humano, pero que los perros, las ovejas y los chivos de mi rebaño conocían de memoria. Salía del jacal al clarear el día, -tiritando de frío- a menudo envuelta entre la niebla que bajaba de la montaña, parecía un alma perdida en el purgatorio; más tarde, acalorada, deshidratada, bajo un sol inclemente, buscaba la sombra tenue de un huizache donde guarecerme. Volvía a mi casa cuando las sombras de la tarde se iban apoderando del paisaje y el frío inclemente bajaba con ellas, llegaba sedienta y muerta de hambre, pues la botella de agua que me daba mi madrastra se terminaba antes del mediodía y el alimento que llevaba no alcanzaba a saciar mi apetito. Regresaba apenas a tiempo para ayudar a mi madrastra a preparar la cena; luego a acostarse, tendidos sobre unas esterillas de palma con las que cubríamos el piso de tierra, pegaditos unos con otros para espantar el frío, porque en aquel jacal no había más que un tablón que hacía las veces de cama, en el que dormían mi papá y su mujer.

Dije que estaba castigadísimo perder un animal y a mí el primero se me extravió cuando tenía once años. Era un chivo negro que desde pequeño me dio muchos problemas. Rebelde por naturaleza, se negaba a obedecer y hasta a los mismos perros se les enfrentaba y los amenazaba con sus cuernos. No faltaba la ocasión en que escuchaba el chillido de alguno de ellos y luego los veía cojear o lamerse partes del cuerpo que parecían dolerles, lo que provocó que empezaran a pastorearlo en grupos de dos o tres. Cuando notaban que para variar se alejaba del rebaño, se llamaban entre sí y se le iban encima por dos flancos; así, cuando trataba de lastimar a uno, el otro lo mordía por los cuartos traseros; intentaba embestir al agresor y era atacado por otro perro, hasta que lo cansaban o le provocaban tanto dolor que no le quedaba más remedio que obedecer e incorporarse al rebaño; pero aun así no dejaba de amenazar a sus captores y de observarlos con miradas de odio, como lo hizo conmigo una tarde en que, harta de su rebeldía, lo sometí a varazos, lo malo fue que unos días después me pescó desprevenida, a la mera hora de la canícula, cuando el cuerpo reclama un poco de descanso. Debo haberme quedado dormida, porque cuando reparé lo tenía frente a mí, mirándome con sus ojillos llenos de odio y la cabeza gacha, a punto de atacarme; lo peor es que por un descuido había dejado mi vara lejos. Lo vi, comprendí que estaba en serio peligro, busqué alguna piedra que estuviera a mi alcance para amenazarlo y quitarle cualquier mala idea que tuviera contra mí, pero no había ni un triste guijarro. Le grité con autoridad para que se alejara, pero

en vez de disuadirlo pareció ofenderse con mis gritos, así que sin más provocación me atacó. Yo traté de defenderme, pero fue imposible, el golpe debió fracturarme algún hueso, y como no me atendió ningún doctor, jamás pude recuperar a la perfección el movimiento de la mano. Se me vino encima, me golpeó en la muñeca y todavía tuvo arrestos para darme un tope en las costillas; de no haber sido porque con el grito que di mi perrito llamado "Solovino" se puso alerta y lo atacó valientemente, hubiera quedado seriamente lastimada. Llegué a mi casa cuando las sombras de la noche se nos venían encima. Mi madrastra, cosa en verdad extraña, aguardaba sentada a la puerta del jacal. Me vio, me saludó con la mano y tomó un aire ausente, aunque en el fondo no había tal, porque no había acabado de cerrar la puerta del corral cuando sentí que se acercaba por detrás de mí. Francisca, ¿qué hiciste escuincla?, falta un animal, ¿dónde lo perdiste? ¿Falta un animal?, pregunté retadora. No señora, cuéntelos bien, verá que están completos. Cuéntalos tú, escuincla mal nacida, que para eso estás y es tu responsabilidad. Para entonces mi padre aguardaba fuera de la choza como esperando ver en qué terminaba la disputa. Lo vi de reojo y por su gesto comprendí que bien haría si empezaba a contar. Falta el chivo negro -oí la voz de mi madrastra-. ¿El chivo negro?, pregunté mecánicamente. Ajá, me dijo. Efectivamente, faltaba ese infeliz, al que odiaba tanto. Lo último que necesitaba -pensé-, que ahora me castigaran por su culpa. Busqué en la memoria el último momento en que lo había visto. Recordé que ya para regresar romaneaba no lejos del rebaño, si no se lo comían los lobos y tenía la suerte de sobrevivir, era probable que lo encontrara al día siguiente. ¿Mañana, encontrarlo mañana?, repitió mi madrastra con tono enfadado. Sabes que eso es imposible, lo habrán devorado las fieras. Volteó a ver a mi padre, quien como chamaco que ha hecho una travesura rehuyó su mirada. Ella insistió, carraspeó para llamar la atención de aquel niño asustado que era su marido, a quien no le quedó más remedio que obedecer las órdenes que los flamígeros ojos de mi madrastra le giraban. La vio largamente, sin pronunciar palabra, como pidiendo perdón por la falta cometida. No lo halló, así que caminó lentamente, tomó

una sogá, arrojó un extremo y lo hizo pasar sobre una rama alta de un pirú; yo, sabedora de las costumbres del pueblo, ofrecí mis manos; él volvió a evitar mi mirada, con los ojos llorosos me ató por las muñecas y jaló la cuerda hasta dejarla tensa; para entonces mi madrastra se había hecho ya de unas varas de membrillo, famosas entre los niños por su flexibilidad y las dolorosas lesiones que producen. De un tirón me bajó las enaguas y yo ahí, con la pena de que mi propio padre me viera en calzones, aunque pronto olvidé mi vergüenza, al sentir en las nalgas el ardor de los varazos que mi infatigable madrastra me aplicaba con generosidad. Durante la sesión de tortura mantuve los ojos fuertemente cerrados, cuando comprendí que el agotamiento de aquella mujer había podido más que su ira, los abrí y giré mi cuerpo hasta que nuestras miradas se cruzaron; estaba empapada en sudor y le temblaba el cuerpo por el esfuerzo realizado. La miré con el odio acumulado a lo largo de esos años y por primera vez encontré miedo en sus pupilas que se desviaron para no verme. Cuando mi padre liberó mis muñecas intentó acariciarme el cabello, pero rechacé su gesto y para que no les quedara duda de lo que sentía por ambos escupí al suelo; para evitar la humillación de que me vieran vestir recogí mi enagua y en calzones me fui caminando hacia el jacal. Tenía las nalgas llenas de verdugones y los calzones manchados de sangre por las heridas que cruzaban de lado a lado. Al otro día me levanté todavía de noche y para darles una nueva prueba de mi desprecio salí sin el agua y sin el itacate que cada madrugada me preparaba mi madrastra.

Recorrí a oscuras el camino ancho, cuando llegué al paraje donde debía abandonarlo, esperé a que clareara un poco, pues no se trataba de correr riesgos innecesarios. Impedí que el rebaño se entretuviera en pastar durante el recorrido que llevaba en mente y con la ayuda de los perros los obligué a caminar hasta el sitio donde tenía registrada por última vez su imagen. Reuní a la jauría, le expliqué que me alejaría por algunas horas, así que deberían mantener unido al rebaño; me acompañaría el Solovino, quien hinchó el pecho y ladró de gusto para que quedara claro quién era el jefe. Nos internamos entre las peligrosas

quebradas donde le gustaba romanear al chivo, cuando comprendí que había entendido el sentido de la búsqueda, me dejé guiar por su olfato. Antes de verlo escuchamos sus lastimeros balidos, estaba en el fondo de una peligrosa cañada de la que difícilmente podría salir estando sano, mucho menos con una pata lastimada. De nuevo me dejé guiar por el instinto del perro quien, sin dejar de ladrar, me condujo a salvo hasta el fondo mismo de la hondonada. El chivo me reconoció de inmediato, soltó una lúgubre queja y se incorporó, dio dos o tres pasos para mostrarme su cojera y me dirigió su más triste mirada. Yo lo vi sin decir nada, pero luego empecé a hablarle con toda mi ternura: ¿Qué tienes mi amor, estás malito, te duele mucho la patita? Y a cada pregunta contestaba triste. Me fui acercando despacito, sin dejar de hablarle con cariño; cuando estuve frente a él le volví a preguntar: ¿Te duele la patita mi amor? Y él me dijo que sí, que le dolía mucho. ¿Y tú, cómo piensas que estoy yo? Me di entonces media vuelta, aflojé el listón que ceñía mi cintura, dejé que mis enaguas cayeran al suelo, bajé mis calzones hasta la altura de las rodillas y le dije: yo también estoy lastimada y me duele mucho, ¿comprendes cariño? ¿Y sabes por culpa de quién me hicieron esto? El inocente contestó como diciendo: pláticame. ¡Por tu culpa cabrón! ¿Te das cuenta? El chivo vaciló, le enseñé el palo que traía como cayado. ¿Y sabes qué mi amor?, el que me la hace me la paga, ¿comprendes cariño? Me vio con desconfianza. Tomé una enorme roca, la levanté por encima de mi cabeza y entonces descubrí el terror en sus ojos. No, le dije, no te preocupes, sería demasiado fácil, te ahorraría muchos sufrimientos, así que me vas a perdonar, pero no va a ser tan sencillo, cariño. Arrojé la piedra apenas a unos centímetros de su cabeza y tomé el cayado con ambas manos. El primer golpe se lo di en la pata lastimada. Escuché un grito lastimero que se fue repitiendo a lo largo de toda la cañada y el chasquido seco del hueso al romperse, seguido de interminables quejas; después, con toda parsimonia, como si se tratara de una ceremonia, procedí a fracturarle las otras tres patas.

El pobre temblaba de dolor, era la viva imagen del terror más irracional y ciego. Cuando comprendí que no era sino una miseria viviente, lo cargué sobre mis hombros y regresé donde había dejado al rebaño. Afortunadamente la jauría comprendió bien el mensaje y había cuidado que ninguna oveja se dispersara. Anochece cuando llegué al jacal, mi madrastra estaba parada a la puerta, dijo algo a mi padre y ambos caminaron hasta el corral. Se me acercaron, arrojé a sus pies al chivo negro o lo que quedaba de él, quien empezó a balar como si quisiera acusarme de lo que le había hecho. Mi padre preguntó entonces cómo era que lo había encontrado y qué había ocurrido que llegaba en un estado tan lamentable. ¿Lamentable? - pregunté yo-. Lamentable como me dejaron ustedes y entonces levanté mi enagua y me bajé los calzones para que vieran mis heridas. Lo encontré en una cañada, estaba un poco lastimado, pero fui yo quien le fracturó las cuatro patas. La pena estaba pagada desde ayer, ¿no les parece? O qué, les dije desafiante, ¿van a volver a azotarme?, mientras ofrecía las muñecas a mi padre por si deseaba castigarme nuevamente...

Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, "Real de San Miguelito Arcángel", disponible en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".

REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejiico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

"pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer"

Fue George Orwell el que alguna vez diría "la historia la escriben los vencedores". De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.


"Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte"

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com





MÍRAME A LOS OJOS CARIÑO, PARA QUE SEPAS CUÁNTO TE QUIERO

Por Alejandro Ordóñez

Mírame a los ojos cariño, volvió a repetir en tono burlón; de pronto, como si sufriera una súbita transformación, lo golpeó con toda la furia de la que era capaz. Para que sepas cuánto te quiero, dijo con voz trastabillante aquel gorila. Enredó los dedos en su cabello, con fuerte jalón lo obligó a verlo a la cara, se acercó con aliento apesoso a marihuana y alcohol, lo besó en la boca, ante la risa torva de los guarros que lo sujetaban recargado al costado de una camioneta de lujo. Y él ahí, como si estuviera viendo una película, o filmando en el set; boqueando como pez fuera del agua. Luego el grito de la mujer -exigiendo-, suéltelo infelices, él no tiene la culpa, la responsable soy yo, péguenme, mátenme a mí, hasta que un guarro se cansó de tanto grito, la abrazó por detrás y la subió en vilo a otra camioneta que aguardaba con el motor andando; después el rugir de la máquina y el rechinar de las llantas cuando el vehículo salió del estacionamiento del hotel. En seguida, una, muchas veces, mírame a los ojos cariño, como si fuera el estribillo de una canción y los golpes al estómago, a pesar de haberles dicho quién era él, el grave error que estaban cometiendo, lo que podría ocurrirles cuando la cadena televisiva se enterara. Nos vale madres, te vas a morir cabrón, le repetía el gorila que no dejaba de golpearlo, no sabes en la que te metiste, te tiraste a la

novia del patrón, eso no se lo permite a nadie, ¿me oíste? Y la risa torva de los tres gorilas y el tipo con dientes de oro, lentes oscuros, a pesar de la hora, lleno de esclavas que retintineaban a cada puñetazo, seguidos por jalones de cabello que lo obligaban a ver de frente a aquel sujeto, lo que le permitió descubrir la gruesa cadena de oro que pendía de su cuello, con el dije de un cuerno de chivo a escala. Te vas a morir cabrón, te vamos a arrancar el pito, lo vamos a meter en tu boca, te cortaremos la cabeza y la tiraremos en alguna avenida para que vean lo que ocurre a los que se atreven a meterse con las amantes del jefe. ¿Qué necesidad tenías, pendejo, habiendo tanta mujer guapa? Él, pidiendo a Dios que lo salvara, lo rescatara el equipo de seguridad del establecimiento; carajo, cómo era posible que siendo un hotel de lujo no se presentara algún guardia para investigar la razón de tantos gritos. Lo soltaron, cayó cuan fardo al piso, se desentendieron de él, prendieron una colilla de marihuana, en tanto el guarro que lo golpeó se revisaba los nudillos en busca de una fractura. La brasa de la colilla, como si fuera luciérnaga, acentuaba su brillo en la penumbra al pasar de una a otra de las sombras que en silencio la compartían. Desesperado, comprendió que sus posibilidades eran mínimas así que decidió aprovechar la momentánea distracción de sus captores. Sin que se dieran cuenta se

puso en cuclillas, jaló aire, lo detuvo en sus doloridos pulmones que parecían arder al contacto del oxígeno y salió disparado hacia la salida. Escuchó cómo, al eco de sus pisadas, se unían otros pasos y el sonido de la marcha del vehículo. Llegó a la esquina, giró en sentido contrario al tránsito de la avenida, para evitar que lo siguieran en el auto. Llegó a otra esquina, volvió a repetir la operación, luego a otra, sabe Dios a cuántas más, mientras el corazón amenazaba con salirse del pecho. Descubrió que los únicos ecos que se repetían por las angostas callejuelas eran los de sus pasos. Se detuvo, contuvo la respiración para escuchar mejor si habían dejado de seguirlo. Dio gracias a Dios, jaló aire para tratar de normalizar su respiración. Se preguntó cómo se había metido en ese lío que no alcanzaba a comprender. Caminó hasta la esquina siguiente, al tratar de cruzar la calle sintió que una veloz sombra negra estaba a punto de arrollarlo. Se abrieron las portezuelas, bajaron tres gorilas, lo sujetaron una vez más por los brazos. El chofer, quien estaba al mando, con la colilla en la boca, le dijo: no jodas, haces correr a mis muchachos, con lo gordos que están se van a infartar. Eres un mal nacido, a pesar de que te hemos tratado bien nos pagas con ingratitud, quieres hacernos quedar mal, ¿te imaginas qué habría pensado el jefe? Para no dejar dudas de lo que podría ocurrirle si intentaba escapar de nuevo, se quitó el cigarrillo de la boca y lo apagó en el antebrazo de aquel infeliz, que incapaz de soportar el dolor y el olor de su carne quemada soltó un grito que resonó en la soledad de aquella madrugada, mientras corrían gruesos lagrimones por su rostro.

La camioneta se puso en movimiento. Escuchó la voz del chofer, como si viniera de lejos. Ya está señor, qué hacemos. Desháganse de él, contestó la voz de la radio, pero sin escándalos, le prometí al señor secretario que nos portaríamos seriecitos, nada de ráfagas de ametralladoras por las calles, ni cadáveres con el tiro de gracia o cuerpos decapitados. Desháganse de él discretamente. ¿Discretamente? Sólo que lo soltemos. No seas pendejo, llévenlo por la carretera de Toluca, en Salazar pasa un convoy de ferrocarril a eso de las cuatro

de la mañana. Se meten por la brecha, hasta el punto donde cruza la vía, se estacionan donde no puedan ser observados por el maquinista. Antes lo empedan, le dan harto tequila, lo madrean bonito, sin golpearle la cara, lo dejan medio muerto sobre las vías, en cuanto escuchen el ruido y vean la luz del tren, se suben a la camioneta, cuando haya pasado el convoy se retiran con las luces apagadas para pasar desapercibidos.

No podía creerlo, el tren desfiguraría su rostro y destrozaría su cuerpo. Él, el actor de moda, el galán de la más famosa telenovela de los últimos años, arrollado por el tren. Él, un cantante con cuatro discos de oro, el rey de los palenques, asesinado por un mal entendido. Un sudor frío recorrió su columna, imaginó el despliegue televisivo y periodístico que darían a su muerte y las habladurías que ocasionaría la forma en que iba a morir.

Habían terminado de grabar los últimos capítulos, la compañía quería celebrarlo, pero estaba harto de esas niñas plásticas y de tanto adulador que lo rodeaba, así que decidió festejarlo por su cuenta. Recordó que en San Jerónimo había un bar donde se bailaba a gusto. En la penumbra era poco probable que alguien lo identificara, estaba harto de no tener vida privada, quizás pudiera ligarse a una joven de belleza natural, alguna cuyos labios no tuvieran colágeno, ni en sus pechos, caderas y piernas hubiera silicón. Pidió la mesa más oscura, ordenó un escocés en las rocas, miró la decoración del lugar que simulaba la cubierta de un barco pirata, con mástiles y cordeles, los meseros con barbas postizas, arracadas en las orejas y paliacates en la cabeza. Un grupo musical alegraba el ambiente, las parejas se fundían gozosas en la pista. De pronto la descubrió, o quizá fue ella quien logró ser descubierta. Era una joven sin cara ni cuerpo de otro mundo, pero su sonrisa era cautivadora. Bailaba con otra chica, sus movimientos provocativos le daban una cachondez difícil de hallar entre las mujeres plásticas con las que compartía foro y cama. Ella, sin dejar de verlo, supo que había llamado su atención, se despidió de su amiga y con paso sensual se dirigió hacia el artista quien comprendió que la muchacha no lo había identificado

Hola, soy Titania, espía de la Cuarta República Francesa, estoy tratando de salvar a unos maquis perseguidos por los nazis. ¿Titania?, pero si no es nombre francés. ¡Shhh! Cállate, no grites, ya te dije: es mi nombre secreto. Yo soy Valentino. ¿Valentino? No juegues, no asumas identidades ñoñas, tú eres Bond, James Bond, agente secreto de la reina, lo supe cuando te vi agitar los hielos de tu whisky. Después todo fue bailar y la insinuación de mil maravillas que podrían ocurrir entre una espía francesa y un agente inglés cuyos cuerpos parecían fundirse al compás de aquella música. Más tarde la presencia de unos guarros, cuya insistencia en verlo con malos modos no pudo pasar desapercibida para Bond, a pesar de que parecía tener sólo ojos para ella. ¿Esos guarros? No te preocupes, son nazis autóctonos, me siguen adonde sea, son perros que ladran. No quieren que te enteres de mis íntimos secretos, tendremos que deshacernos de ellos. No tengas miedo. Bond: ¿tienes miedo? Vamos a donde podamos estar a solas, no te vas a arrepentir, te lo prometo. Mira, voy al tocador, como no me pueden dejar sola irán tras de mí, pagas la cuenta en la caja -para ganar tiempo-, pides tu auto y me esperas con el motor encendido, yo los haré perder unos segundos, me llevas a tu guarida y compartes conmigo los secretos de la corona. Salieron a toda velocidad, sin ser -aparentemente- seguidos. Bond escogió un hotel elegante. Pensó el nombre con el que se registraría, pero le dijeron que a esa hora no llevaban control, le darían una buena suite con la condición de que la desocuparan al amanecer. Se amaron sin prisas, Bond descubrió la pasión verdadera. Amanecía cuando dejaron la habitación, entre besos y risas llegaron al estacionamiento. Ahí los aguardaban los guarros...

El dolor en las costillas lo volvió a la realidad, iba a morir, lo llevaban a la carretera de Toluca, la había recorrido muchas veces, sus posibilidades de sobrevivir eran mínimas. Decidido a no rendirse buscó una mínima oportunidad, había una curva ciega antes de Cuajimalpa, inicia torciendo hacia la izquierda para de improviso girar cerradamente hacia la derecha, era famosa por el número de volcaduras que se producían. Venían rápido, pero tendrían que disminuir la velocidad

bajo riesgo de sumarse a la estadística de accidentes. Cuando la curva torciera hacia la derecha, abriría la portezuela y se dejaría caer, aprovecharía la fuerza centrífuga para tratar de evitar esquivar las ruedas traseras, ya en el pavimento rodaría por los carriles que vienen en sentido contrario, si todo salía bien y no era arrollado por algún vehículo que fuera con rumbo a la ciudad, podría llegar hasta la cuneta y meterse en el tubo que cruza por debajo de la carretera. Los tipos venían relajados, se pasaban una botella de licor y compartían la bacha. Adelante venían dos guarros, atrás él y otro gorila, que dormitaba a ratos. Poco antes de llegar a la curva alcanzaron a un tráiler que se desplazaba a gran velocidad por el carril de alta. El chofer hizo el cambio de luces solicitando el paso, pero el trailero lo ignoró y siguió su camino, así que se vieron obligados a rebasarlo por el carril de baja. Al entrar a la primera parte de la curva se toparon con un tráiler con doble caja, que se desplazaba lentamente, por lo que cambiaron de carril. Disminuyeron su velocidad, giraron hacia la izquierda, cuando la curva empezó a cambiar de dirección comprendió que había llegado el momento, la oscuridad de la carretera le dio esperanzas de que al menos no moriría atropellado pues no venía nadie en dirección contraria. Aprovechó que la fuerza centrífuga lo empujaba hacia la portezuela, jaló la manija, se dejó caer con todas sus fuerzas, escuchó al macuarro de atrás decirle al chofer. ¡Pérate carnal, frena, se nos está pelando este cabrón! Al rodar por el pavimento miró las luces del tráiler acercarse a la camioneta -a gran velocidad-, por lo cerrado de la curva el trailero no la vio. Escuchó el agudo chillar de las llantas al frenar bruscamente y un impacto de fierros y cristales rotos, cuando el tráiler los alcanzó, luego la explosión del tanque de gasolina lo ensordeció y una lluvia de fuego lo cegó unos instantes. Llegó a la cuneta, revisó su cuerpo, estaba bien, algunos dolorosos golpes en el cuerpo, pero estaba vivo. Los pocos autos que circulaban por la carretera se detuvieron tratando de auxiliar a los guardaespaldas. Alcanzó a ver a gente que corría con extinguidores tratando de apagar el fuego. Una pareja que venía en su auto lo descubrió aturdido,

sobre la carretera. Lo reconocieron, preguntaron si era una filmación o podían ayudarlo. Pidió que lo llevaran al hotel donde lo atacaron. Subió a su auto y salió rápidamente pues temía encontrárselos. Decidió no dormir en su casa hasta no saber lo que había ocurrido con los guarros. Fue a un hotel de Polanco, se registró con otro nombre. Pasó la noche en vela, impresionado por los sucesos de las últimas horas, sintonizó el noticiero de la mañana para enterarse de la suerte que habían corrido sus captores. Cambió de canal, nada, como si el accidente hubiera acontecido fuera de los horarios de cierre de los noticieros. Sintonizó la radio, nada, tampoco. Le llevaron los principales periódicos de la ciudad, silencio total, como si lo hubiera soñado. De no ser por sus dolores del cuerpo y la dolorosa quemada de cigarro podría jurar que lo había imaginado. Se decidió, abordó el auto, fue a la carretera de Toluca, dejó el carro cerca de la cerrada curva, buscó pedazos de metal, plástico o cristal que confirmaran el sitio del accidente, no halló nada, sólo un tramo más oscuro del pavimento parecía delatar el lugar de la explosión. Recorrió la curva en ambos sentidos. Se dirigió a su auto, se sorprendió al ver las luces de la torreta de una patrulla de caminos estacionada atrás de él. El oficial lo recibió con mala cara, reconoció al artista, lo reconvino. No es por nada jefe, pero pudo usted ocasionar un accidente, ¿no ve que la curva es muy cerrada? Aprovechó el comentario para comentar el terrible accidente ocurrido ahí la noche anterior; una camioneta explotó... Mire joven, contestó el agente, soy el responsable de este tramo del camino, mi turno dura veinticuatro horas, estuve toda la noche estacionado cerca de donde está ahora su vehículo. Está usted confundido, aquí no pasó nada; y oiga joven, no es por nada, no me lo tome a mal, pero, no sea malito, déme un autógrafo pa mi vieja porque no me lo va a creer. Se llama Luzma, dígame algo bonito, aquí mi jefe, en el block de infracciones.

Regresó al primer hotel, preguntó por el gerente. Anoche estuve aquí con una mujer, quiero ver los videos de sus equipos de seguridad para ver si la reconozco. ¿Cómo se llama? No veo su nombre, está confundido, usted no estuvo aquí anoche. Es que no me registré. Mire patrón, eso no es posible, éste es un establecimiento respetable, no somos hotel de paso, no podríamos arriesgar nuestro prestigio. Fue al bar, buscó al mesero que lo atendió, le preguntó por la muchacha y los guarros, el mesero se rascó la cabeza, no jefe, lo recordaría yo. ¿No habrá sido en otro sitio? Éste es un antro serio, no se permite el consumo de droga, es un lugar para bailar, tomar la copa. Exasperado, decidió refugiarse en su casa. Llegó, tomó una ducha, más relajado entró a sus redes. Escuchó el sonido de "mensaje recibido", no reconoció el nombre del remitente, pero abrió el correo, no pudo evitar que un estremecimiento recorriera su espalda y el aliento se le pusiera amargo al ver aparecer en la pantalla:

Mírame a los ojos cariño, para que sepas cuánto te quiero

Fue dicho

No desearás a la mujer
de tu prójimo...
ni a tu prójimo.

Confuso.
(46-2x)

NO SOY GAY TALESE

por Antonio Trejo Galicia

Llevar o no sombrero, esa es la cuestión. Me miro en Gay Talese. Él es la imagen icónica del antiguo reportero de las viejas redacciones de los vetustos diarios matutinos, ahora impensables en las ediciones digitales. Es la suma del viejo hombre norteamericano de casta... pero siempre viejo.

No niego que me atrapa su elegancia, su traje a tres piezas de fino casimir primorosamente combinado, su sombrero fedora de fieltro en tonos claros, a veces un panamá de palma trenzada, en otras uno de lana para el frío. Es el colmo de la elegancia, un "reporter" con estilo.

Gente como Talese, junto con Tom Wolfe y tantos otros, forjaron "El nuevo periodismo", al que añadieron elementos literarios novedosos; fue una revolución al "viejo" (otra vez este término, que aquí resulta paradójico) quehacer periodístico.

No obstante, ¿se imaginan a un reportero en México saliendo a trabajar vestido así, a la Talese? ¿Cuánto duraría sin llamar la atención de la policía, de los transeúntes, de los propios malandros e informantes? Sería un excéntrico, una pieza que no encaja en el rompecabezas en donde hay que vestirse para no llamar demasiado la atención en esta ciudad de locos; de lo contrario se volvería un objetivo, un punto demasiado visible, vulnerable.

Yo dejaría ese look para un escritor extravagante. Y sí, he salido así a la calle: tocado con un panamá en un día veraniego; quizá en traje de calle, quizá sin exponerme demasiado.





Sé bien que no soy Gay Talese, solo un hijo de esta ciudad y escritor para más señas, pero me gusta el sombrero: me gusta la elegancia que dan sus alas, ese aire antiguo, esa distinción que me vuelve distinto, pero no tanto; quizá porque me mantiene la cabeza fría, porque sea el puente necesario entre pasado y presente, entre las historias de los abuelos y los dramas actuales, y me convierte en un nostálgico escritor dentro de un mundo que prefiere las pantallas y la inteligencia artificial.

Se dice que hay que ponerse en los zapatos del otro; yo prefiero ponerme sus sombreros; quizá sea esa la clave para anidar las ideas, para ser el otro y yo mismo, pero no demasiado.

Antonio Trejo Galicia (Ciudad de México, 1971). Periodista y escritor. Estudió la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se ha desempeñado como periodista en las revistas Actualidad política y Los legisladores, además de coeditor de la sección Universidad en el periódico La Razón.

En la UNAM ha trabajado en la Dirección General de Comunicación Social, en el Boletín de la Facultad de Derecho y en la Facultad de Química (FQ), donde es editor de la Gaceta FQ y coordina la Imprenta de esta misma entidad.

En 2013 ingresó al Taller de Creación Literaria de la Editorial De otro tipo. Ganó los concursos literarios de la FQ en las categorías de Cuento y Cuento corto, uno de ellos publicado en la revista digital Punto en Línea, la revista en internet de la Dirección de Literatura de la UNAM. Es autor del libro La Rusa y otras historias violentas (2019), presentado por el escritor Felipe Garrido.

En 2021 formó parte del curso El oficio de escribir, organizado por Cursiva, Zenda y Penguin Random House, con la participación de los escritores Arturo Pérez-Reverte, Rosa Montero, Elmer Mendoza, Juan Eslava Galán, Juan Gómez Jurado y Emilio Lara. Actualmente es alumno de la primera edición del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria, de la naciente Escuela de Escritura de la UNAM.



Con un pocillo de café y un pan en la panza salía todas las mañanas a la Netza, la primaria donde estudié. Era raro que llevara torta y cuando lo hacía era de frijoles o de nata con azúcar que tenía que preparar a la carrera para no llegar tarde. Esas pocas veces me la comía antes del recreo porque no aguantaba la tentación, aunque, para qué voy a negarlo, algunas ocasiones algún compañero me la cambiaba por la de jamón que a él ya le chocaba y a mí siempre me hacía agua la boca. También llegaba a suceder que Juan Carlos, compañero de banca que siempre llevaba dinero, me invitara un taco de los que hacía doña Tere, la mujer del conserje. Eran de papa, doraditos, con salsa verde bien picosa, lechuga y una probadita de crema, costaban cincuenta centavos y eran deliciosos. Yo soñaba que algún día iba a juntar dinero para comprarme unos cinco tacos y mi refresco, pero eso nunca sucedió, lo más que llevé a la escuela fueron veinte centavos que a veces me daba uno de mis tíos cuando visitaba a la abuela. Pero lo más frecuente era que saliera al recreo con mis tres amigos de siempre: Alejandro, Luis y Silvano, con quienes jugaba fútbol y a las canicas. Algunas ocasiones a esa hora pedíamos al conserje que nos dejara salir a la tienda de la esquina que se llamaba “La ley del revólver”. Juntábamos el dinero de los cuatro, que casi siempre era bien poco, y planeábamos cómo robarnos los dulces acomodados en una mesa, mientras alguno de nosotros lo distraía comprando algunas morelianas que debía despachar de un envase grande con tapadera. Salíamos felices a disfrutar del botín: chicles canguro o motitas,

bolsas con miel, paletas charm’s, vaquitas won’s, popotes con chile piquín, bombones, gomitas o lo que las manos alcanzaran a ocultar en las bolsas de los pantalones y chamarras.

Cuando sonaba la campana para el recreo éramos los primeros en salir, pues nos gustaba espiar a la maestra del salón vecino. Se llamaba Coni, era una güera de ojos verdes, de mucha pechuga y bonitas piernas, que usaba faldas cortas y a quien podíamos verle los tirantes del liguero, según se sentara o agachara. Ella casi siempre se tardaba cinco o diez minutos más en dejar salir a su grupo. Luego, si la habíamos contemplado a nuestro gusto nos íbamos al baño a hacernos una puñeta; apostábamos a ver quién terminaba primero y al último le dábamos “pamba”. No es por presumir pero casi siempre yo les ganaba, me volví un buenazo en esos menesteres.

Cierta ocasión al salir de la escuela vimos que se juntaba la gente en el estacionamiento del Palacio Municipal y ahí vamos de curiosos. Tirado en el suelo estaba el güero –un muchacho muy amable que lavaba los carros de los funcionarios-, se convulsionaba y alguien le había puesto un pañuelo en la boca para que no se mordiera la lengua. El espectáculo fue horrible, parecía que nunca se le pasaría. Cuando se calmó lo ayudaron a levantarse porque estaba muy débil. Tenía epilepsia y le daban con frecuencia esos ataques.

Alejandro agarró la costumbre de bromear con lo del epiléptico y a mí me molestaba y un día discutimos, como Luis lo apoyó quedamos divididos. Silvano y yo dejamos de hablarles. Desde ese día aprovechaban cualquier oportunidad para echarnos habladas o provocarnos hasta que terminamos retándolos a golpes. Quedamos de vernos en la estación del ferrocarril a la salida, que ahí era donde se daban las peleas porque está un poco retirada de la escuela y así se evitaba que nos reportaran.

A la hora acordada ahí estuvimos y comenzamos a discutir: tú me empujaste el otro día ¿qué traes?, tú fuiste el que embarró miel en mi banca, ¿por qué te burlaste cuando me preguntó la maestra? Y así estábamos nada más de habladores, luego nos daba risa, yo creía que acabaríamos de nuevo como cuates. Entonces Alejandro dijo que mi mamá era una cualquiera y se metía a los baños con los hombres, que el papá de Luis la había visto.

Ahí sí que me enchilé, cualquier cosa les hubiera perdonado menos meterse con mi jefa, y me fui contra Alejandro que no se lo esperaba. Le pegué en la nariz y empezó a sangrar, luego también le aventé golpes a Luis, rodamos por el suelo hasta que Silvano me jaló para que ya me calmara.

Nos fuimos a mi casa y mi mamá al verme todo revolcado preguntó por lo sucedido. Silvano le explicó que nos habíamos peleado porque se metieron con la familia. Después del regaño de mi mamá, que no apreció la defensa de su honor, comimos y Silvano se fue a su pueblo.

Las cosas se pusieron feas cuando la maestra, al enterarse de nuestro pleito, mandó llamar a nuestros papás y ahí salió casualmente el comentario de que la maestra, que vivía en el mismo lugar que Silvano, seguido me veía en el camión con él rumbo a su pueblo que estaba lejos del mío, cosa que ignoraba mi mamá porque se iba a trabajar. Ahí empezaron a salir a flote algunas mentirillas mías y al llegar a la casa me tocó tremenda cueriza. Además, mi mamá me castigó tres semanas sin dejarme salir a jugar con mis amigos de la cuadra.

En esos días de castigo me aficioné a jugar solo en la casa, pero como no tenía juguetes me las ingeniaba para entretenerme. Formaba equipos de fútbol con corcholatas y una canica. Las de Pepsi eran del América y las de Orange del Guadalajara, mi equipo. Hacía las porterías con cartón y cuando tenía todo listo comenzaba el juego y yo a narrar el partido. Otras tardes hacía con plastilina a mis boxeadores preferidos, los metía al congelador para que se pusieran bien duros y a disfrutar de las peleas de campeonato, mis favoritos eran Cassius Clay y Mantequilla Nápoles.

A Luis y Alejandro los seguí viendo en la escuela y años más tarde llegamos a coincidir en reuniones con amigos o en la calle pero nunca más nos volvimos a hablar, nunca los perdoné. Meses después del pleito Alejandro le confesó a Silvano que había inventado lo de la jefa para enchilarme porque nada más estaba de hablador y no se veía acción, pero de eso yo me enteré cuando ya todos éramos adultos y pues, ya qué.

Patricia Castillejos Peral. Nació en el Distrito Federal en 1954 aunque vive desde la infancia en Texcoco, Méx. Fue editora de la revista de Literatura y Humanidades Molino de Letras, desde 2000 hasta 2019. Se han publicado poemas suyos en las revistas Cantera Verde, Castálida, Siembra y Molino de Letras. En poesía tiene publicada la plaqueta Toda la sal del mar (2002) y el libro Insomnio de luna (2003). De relatos, los libros Pese a todo la noche es una fiesta (1997) y Música bajo la piel (2000)



HABLEMOS DE LIBROS

“Extrañas”

Guillermo Arriaga

Por Marilú Ricalde

El libro me pareció horrible al principio, pero conforme avanzaba en su lectura lo consideré formidable. Se preguntará el lector, cómo un libro puede moverse entre dos opuestos. He aquí mi explicación.

En lo personal, el tema tocó muchas fibras en mi ser. La falta de empatía del ser humano no es cosa nueva. El espanto ante las diferencias sigue siendo una constante, sin embargo, el odio que generan esas diferencias me hizo confrontar conmigo misma y con la injusticia perenne que muchas personas viven y han vivido desde siempre. No existe ni la tolerancia ni la aceptación ante lo diferente o desconocido. Así que el tema, del que jamás había leído, lo hizo interesante y me produjo cierto morbo que exigió la lectura. Quiero enfatizar que quizás algunos lectores se sientan tan incómodos que dejen el libro para otra ocasión o incluso nunca lo lleguen a concretar.

Por otro lado, las investigaciones en las que trabajó Arriaga son excepcionales. Empezaré con el área de las ciencias médicas.

Ambientada en la Inglaterra de 1781, el libro narra la historia del joven William Burton, un aristócrata que tiene la vida resuelta pero, por una vuelta del destino, es testigo de ciertas costumbres arraigadas en sus tierras. Estas son bastante brutales y dolorosas lo que le impulsa a buscar la manera de contrarrestarlas y ve como única salida el estudio. Así que abandona las comodidades que ha tenido desde niño para alcanzar el anhelo de convertirse en médico.

Valiéndose de esto, el autor nos transporta a los inicios de la medicina y relata de una manera singular, sin pretender los orígenes de ésta en el siglo XVIII, los avances que se lograban a través de la observación y la investigación, prácticas no del todo éticas para tratar de entender el funcionamiento del cuerpo humano y comprender la causa de algunas dolencias de la época

De ahí me paso a la herbolaria. Arriaga, con su pluma, nos va mostrando los inicios de la farmacéutica. La manera en que mezclaban cada una de las hierbas para crear pócimas como remedio para algunas enfermedades; tarea nada fácil y hasta complicada que generaba algunos éxitos y otros fracasos. Esta investigación no se limita a las propiedades de las plantas ni del uso de ciertos animales, también relata las vicisitudes a la que los expertos se tenían que enfrentar. Muchos eran catalogados como brujos y otros tantos como charlatanes.

Y como si se tratará de otro libro dentro del relato de “Extrañas”, nos viene a cuento una larga expedición a tierras lejanas en busca del conocimiento. Otra vez, Arriaga, nos sorprende. El estudio que hace de la navegación es excelso, está tan bien narrado, que el lector se percibe dentro de la embarcación y son casi siente los movimientos del oleaje, el olor marítimo o las gotas de las fuertes tormentas.

Y por si fuera poco, Arriaga se luce en este escrito de casi 500 páginas prescindiendo del pronombre “que”. Este es sustituido por comas, la ausencia de puntos hace que no existan ni oraciones completa y mucho menos párrafos, ni punto y aparte, haciendo que su escritura sea seguida. Al principio, la lectura parece lenta y pausada, pero mientras se avanza, ésta es cálida e incluso musical a pesar de la dificultad de los temas tratados.

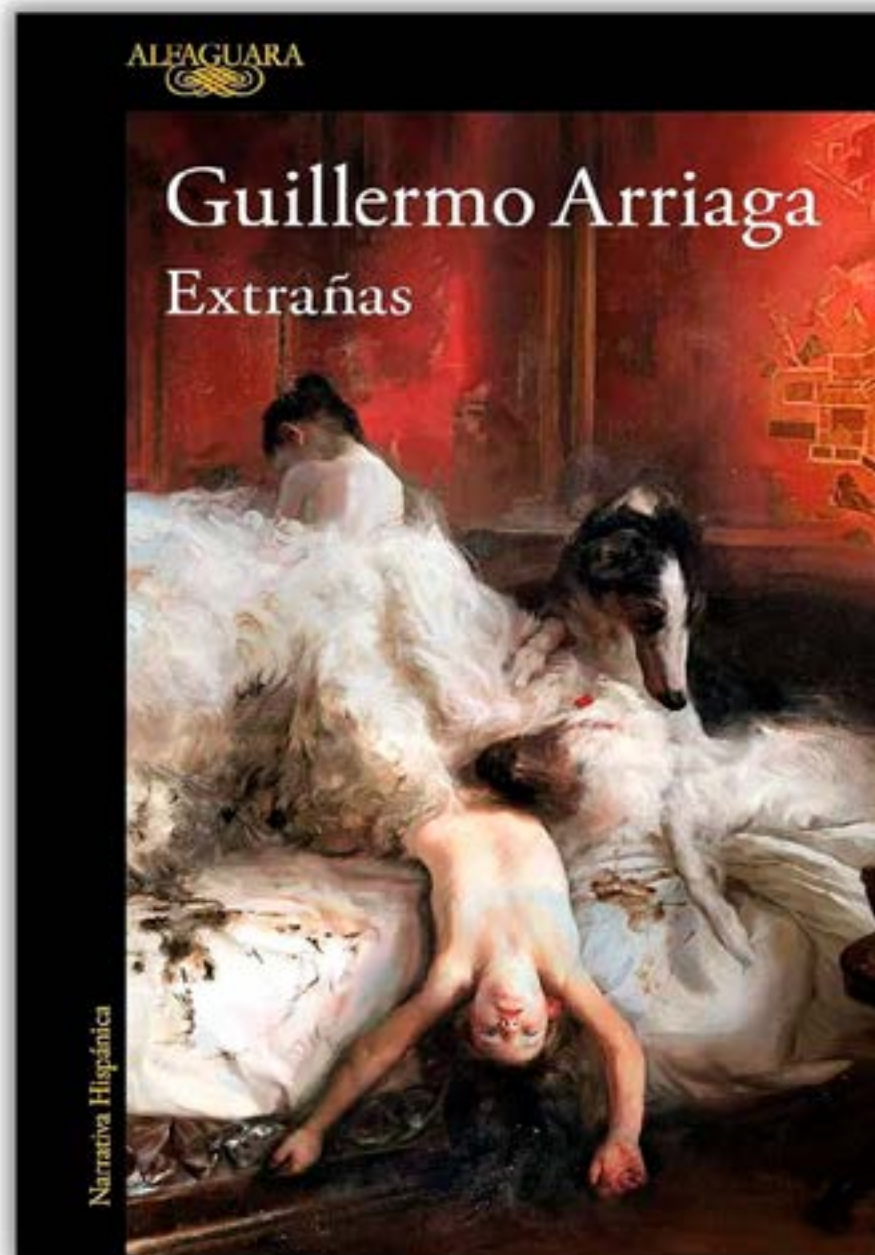
Así pues, al concluir el libro, creo que muchos lectores coincidirán conmigo, entre el horror y la belleza nadie debe privarse de la lectura de “Extrañas”.

Guillermo Arriaga Jordán. (CDMX, 1958) es conocido principalmente por escribir guiones de películas como “Amores perros”, “21 gramos”, “Los tres entierros de Melquiades (galardonada con el Premio al mejor guion en 2005), “Estrada” y “The Burning Plain”.

La ciudad de México con sus vidas y sus calles siguen siendo fuente de inspiración en su trabajo creativo.

Estudió Ciencias de la Comunicación y obtuvo una maestría en Historia en la Universidad Iberoamericana.

Los premios que ha recibido son: Premio Mazatlán de Literatura en el año 2017 por la novela “El Salvaje” y Premio Alfaguara de Novela 2020 por la novela “Salvar al Fuego”.



Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Detrás de un lente

por Italo Ruas

De alguna manera hay que iniciar y es así como lo haré el día de hoy, no es que desee despertar curiosidad en lo que escribo, pero en este instante tengo algo especial que transmitir. Muchas veces, eso que se apresura a contar, puede provocar un accidente tan grave que la propia mente sea incapaz de percatarse, pero alcanzará tal impacto que los días nunca gozarán del mismo brillo. Es difícil meditar los acontecimientos cuando contienen tanto detalle, es ahí, en los elementos específicos donde la conciencia cobra sentido de su insignificante existencia.

El mundo viaja a bordo de un jeep militar con alegría y arrojo, mientras un grupo de indigentes sale de su albergue para reincorporarse a la actividad ciudadana. La juventud se representa por unos mimos que causan todo tipo de desmanes en las calles, mientras que Thomas (David Hemmings, 1941-2003), un joven desaliñado, se escabulle entre las hordas de indigentes para subirse a su descapotable. Su apariencia nos confunde y nos perdemos en nuestros prejuicios. Cuando arranca el automóvil, es intervenido por estos jóvenes que reflejan la pantomima social en la que estamos sumergidos, las apariencias son ya lo único sustancioso que mantiene la cordura, ante ese escandaloso silencio de los abusos e injusticias. Son esta serie de elementos con los que inicia “Blow Up” (1966) del director Michelangelo Antonioni (1912-2007), una adaptación del cuento de Julio Cortázar (1914-1984), “Las babas del Diablo” (1959), donde seremos guiados dentro de la visión del fotógrafo, pero no del individuo que toma fotografías sociales con su celular, ni tampoco el que se retrata cada vez que encuentra la oportunidad para mencionarse en sus redes sociales;



me refiero al artista, el ser que comprende el instrumento y su relación con la expresión que se suscita después de exponer lo revelado. Es justamente ése, el objetivo de la obra, hacer consciente la revelación de nuestra existencia, la realidad se ve alterada por nuestros sentidos y peor aún, por nuestras creaciones.

Los contrastes narrativos son notorios de una secuencia a otra, es la mirada del fotógrafo el vehículo seductor, nos traslada a elegancias efímeras en estereotipos de la moda, para luego enfrentarse a la obra plástica de su amigo Bill (John Castle), quién representa al artista abstracto Ian Stephenson (1934-2000). Esas imágenes, son el portal a la comprensión de lo distante que se encuentra la cámara de poder captar la totalidad de un instante, y entre más deseamos contener un fragmento de la realidad, más nos

alejamos de ésta. Thomas se motiva al encuentro con nuevas formas y viaja hacia un parque, es en ese lugar donde el espectador enfrenta sus prejuicios, nuestra mirada se empalma con la del protagonista, vemos una pareja que juguetea en los jardines. Él hombre vestido con traje se ve mayor que la joven que lo acompaña y surge en nosotros la sospecha de una relación impropia, la distancia focal del lente nos impide acercarnos al evento del que somos testigos, sólo nos queda la especulación. Thomas aprieta el gatillo una y otra vez, hasta que nota que la chica se le viene encima para reclamar el rollo. Esto confirma las sospechas del espectador y en este caso Jane (Vanessa Redgrave), al no poder persuadir al fotógrafo y notar que su amante se esfumó, echa a correr, perdiéndose como un hilo de la Virgen en el aire de esa tarde, expresión de Julio Cortázar en su relato, visualmente descrito por Antonioni, para darle conclusión a la escena. La mirada se distrae por unos instantes en las exigencias de la mujer y perdemos el sentido del momento.

Cada emplazamiento de la cámara implementa una estrategia, para que los hechos descritos en la obra se tornen menos comprensibles y logren provocar en el espectador una ilusión de la realidad. No podemos fiarnos de lo que vemos, la sobre estimulación altera nuestros sentidos; es éste, el mecanismo de Antonioni, movernos a diferentes escenarios con diversas lecturas, para provocar desorientación y, en el punto narrativo donde debemos estar concentrados, perdemos el todo por sólo enfocarnos en el conflicto final de la situación. Thomas nos llevará de regreso a su estudio, donde tendrá que cruzar varios obstáculos antes de poder revelar el rollo, convirtiéndolo en el Santo Grial. El manejo del tiempo narrativo es el que provoca ansiedad por conocer el contenido de esas imágenes en el espectador. Esto se verá resuelto hasta la escena noventa, después de ampliar la imagen de una de las fotografías, es ahí donde Thomas encontrará la verdad que oculta el registro visual, pero es esta revelación la que incita duda en el público.

Para concluir la obra, el director construye una escena en donde Thomas se encuentra una vez más con los mimos, en esta ocasión jugando en una cancha de tenis en el parque. Él observa el juego con atención hasta que la pelota invisible cruza la cancha y le cae cerca. Nuestro protagonista decide tomarla y lanza la pelota de regreso al juego, en un plano medio su mirada sigue a la pelota que cruza de un lado a otro. La fotografía al igual que el cine, son medios que construyen una realidad fragmentada, el montaje en el caso particular del cine busca recomponerla y darle un nuevo significado. La meditación de estos elementos, tanto por Julio Cortázar como por Michelangelo Antonioni, provoca en nosotros la curiosidad por entender, el sentido de esa realidad abstracta que nos envuelve como especie. La realidad es sólo el producto de nuestra imaginación.

A FILM BY MICHELANGELO ANTONIONI

BLOW-UP



VANESSA REDGRAVE DAVID HEMMINGS SARAH MILES



Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto "Telemática cultural", para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje "Papalotl" participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.



Una de las representaciones más famosas de la historia del arte es esta pintura al óleo sobre tela de Eugène Delacroix, de 2.60 m x 3.25 m, que realizara entre finales de septiembre y diciembre de 1830, y que analiza de forma concienzuda N. Hadjinicolaou. Desde una perspectiva histórica, la obra representa una escena romántica con el tema de la revolución de julio de 1830 que generó un levantamiento popular contra el imperio de Carlos X y que llevó al triunfo a Luis Felipe I, pero su historia e iconografía revelan mucho más.

Desde su título, la obra es especial: el 28 de julio fue un día particularmente difícil por la indecisión de la contienda que enfrentaban los revolucionarios. De acuerdo con el mismo investigador, Delacroix en sus misivas se refería a esta obra como "La barricada"; pero en su exhibición en el Salón de 1831, la inscribió como "La Libertad guiando al pueblo el 29 (sic) de julio", mientras que en el folleto que publica la apertura, se menciona con el título "El 28 de julio" y se añade como su explicación o subtítulo, el nombre con el que hoy la conocemos; el propio pintor posteriormente también le llamaría "Libertad" en otras cartas.

La composición piramidal muestra a un grupo de personas que, armadas, siguen el avance de una mujer que, acompañada de un muchacho, ha superado una barricada hecha con piedras y maderos, y se encuentra en la parte superior de una pirámide de cuerpos de ambos bandos; desde el suelo, un hombre herido y sangrante, se incorpora y la mira, rodeado de otros que yacen muertos.

Ese "pueblo" que avanza siguiendo a la Libertad, se constituye en términos del propio contexto de 1830, como un conjunto de parisinos de bajo estrato social, obreros y artesanos que los periódicos de la época identificaban como "populacho", los desclasados o "la canalla", y que efectivamente, representan diversos estratos sociales. Al hombre con sombrero de copa, camisa blanca entreabierta, corbatín, chaqueta y levita, la iconografía tradicional posterior a la Primera Guerra Mundial lo identifica como un burgués o un joven estudiante, aunque en su tiempo nunca se le nombró como tal entre los críticos de ninguna facción. Se interpretaba que, por lo desgastado de su indumentaria y la forma desprolija con que lleva ladeado el sombrero, mostraba su condición como parte de ese pueblo.

En cuanto a la Libertad, es ella una alegoría que suscitó muchas interpretaciones. En su avance, con la camisa que se le ha deslizado dejando ver su torso desnudo, una bandera en una mano y un fusil en la otra, se le idealizaba en las críticas favorables, como una mujer hermosa y generosa en lucha, liderando la revolución; pero los que estaban en contra, enfatizaban que Delacroix la pintó como una mujer sucia, incluso indecente por su calidad sexual que se observa en su axila no rasurada, contrario a la iconografía histórica tradicional. Además, se ha reconocido (Rudrauf, Jamot) que esta figura tiene un claro referente con el hombre en el vértice de "La balsa de la Medusa" de Géricault. Esta cita pictórica es fascinante, por cuanto que el sentido del naufragio se convierte en el de l

a mujer que guía enarbolando la bandera tricolor. Al final, ambos son Francia.

Al fondo se observa un trozo de cielo y algunos edificios; éstos serán símbolos topográficos, pues entre el humo de la trifulca se vislumbran las torres de Notre-Dame, lo que sitúa espacialmente la contienda en París. En escala muy pequeña, cerca del muro de un edificio, un grupo de soldados apuntan, avanzan y cargan a un herido. En el espacio entre la pistola del jovencito y el fondo con los soldados, sobre los maderos se encuentra la firma "Eug Delacroix 1830".

Esta obra es muy extensa en iconografía; no es simplemente la representación de la Libertad como símbolo de los sentidos patrióticos en el contexto de la Revolución en Francia o en el mundo. La complejidad y posibilidad de su interpretación es sumamente amplia y no definitiva; como toda gran obra, la valoración de la simbólica que el genio de Delacroix trabajó, es una labor que continúa.

Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



MARÍA CRISTINA GAVIRIA

por Mónica T. Müller

María Cristina Gaviria es una escritora colombiana, “específicamente paisa”, como ella se presenta. Nació en La Ceja del Tambo, un pueblito lleno de flores ubicado en el oriente Antioqueño.

Ha participado en talleres, revistas literarias y en concursos nacionales e internacionales. Ha escrito artículos para periódicos locales en Medellín. Hizo tres diplomados como coaching, dos en Colombia y uno en Europa, “para frenarme un poquito la lengua ya que padezco una imprudencia irrefrenable de nacimiento”, confiesa.

Residió cinco años en Argentina y hace algo más de un año que vive en Málaga, España.

***Cristina, qué nos puedes contar sobre tus inicios en la escritura ¿A qué edad sentiste interés por ella? En qué aspectos colaboró el arte en tu vida ¿Debiste abandonar algo?**

Amo escribir desde que se me entiende la letra, desde niña sentí la necesidad de pensar en letras, me ha caracterizado una irreverencia sin escrúpulos, que me trajo y me sigue trayendo muchos problemas, pero a la que me doy el lujo de ignorar y no encontrarle antídoto. Tengo una innata capacidad de liderazgo, hablo más de la cuenta y eso me ha permitido una comunicación acertiva con los receptores.

Soy bastante empírica en mi pasión por escribir, aunque trato de mantenerme informada y de investigar, indagar y aprender todos los días, el arte de la literatura. Si soy escritora o no, eso lo decide quien me lee, pero yo creo que lo haré hasta que termine mi contrato en este mundo.



***¿En qué se basan tus escritos? ¿Te inclinas por la narrativa o poesía?**

Mis escritos se basan en la sátira y la ironía, siempre con los pies muy bien puestos sobre la realidad. Me inclino por la poesía, la narrativa y los aforismos.

***¿Sos una buena lectora? ¿Sentís admiración por algún escritor? ¿Te identificas con algún/a escritor/a?**

Leo, pero tengo que reconocer que no es un hábito. Me identifico en estilo con Bukowski, admiro a Gabo y me inquieta Shakespeare.



***¿Cuál es tu última obra? ¿Cuál o cuáles fueron los detonantes para la elección del título? ¿Podrías contar a los lectores algo sobre el contenido?**

Hace poco lancé mi primer libro, acontecimiento que por falta de decisión y valentía venía postergando hace algún tiempo, casi toda una vida.

“Yo con la lengua muy larga y la prudencia muy corta” es una compilación de poemas, aforismos y relatos realistas. Ese título es en realidad el reflejo de quien soy, sin matices ni ediciones.

Lo hice de la mano de la editorial colombiana Punto y Coma, ubicada en la ciudad de Pereira y con el acompañamiento de mi esposo, el escritor Hernán Torres.

En ese libro hay demasiada crudeza, vesania y desfachatez, pero irónicamente nada irreal.

***Y por último ¿Qué sentís al escribir?**

Al escribir siento que sí, hay inmortalidad, que después del después, hay otro yo.

Escribir me cura, y me da amnesia, porque los recuerdos dejan de doler y aprenden a sonreír.

TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.